

caudillos insurgentes que, sobreviviendo a la lucha cruenta y desigual, a despecho de las penalidades sin cuento sufridas y de los sacrificios sin número consumados, alcanzaron el momento en que parecía por último tornarse esplendorosa realidad el ideal tan tenaz como bravamente perseguido.

NO PREMIABA EL ASCENSO LA LEALTAD  
SINO LA OPORTUNIDAD EN LA DEFECCION

La deplorable fusión de los dos bandos combatientes, respetó rangos, aún de los jefes que significándose habían como los más crueles perseguidores de los adalides de la independencia; lo que debió influir poderosamente en aquellos militares en quienes no estaba muy arraigado el sentimiento del deber, para persuadirles a que no eran los méritos contraídos en su leal y estricto cumplimiento, los que atribuían ascensos, distinciones y honores, sino, más que nada, la oportunidad en la defección.

Así fué cómo el ejército vino a degenerar en una banda armada, compuesta de facciosos oportunistas, y pronta siempre a sumarse al partido del triunfo, por medio de la cuartelada o del pronunciamiento; ya que, de hecho, su conglomerado no constituía una corporación dedicada al apoyo de las instituciones, legítimamente establecidas, sino un conjunto de hombres ignaros, o enganchados por la fuerza o de equívocos antecedentes, que prestaban una obediencia ciega a quien su mando inmediato asumía.

Por lo general la tropa se formaba con la hez de la sociedad: presidiarios a quienes en la hora del tumulto se abrían las puertas de las cárceles; individuos "agarrados de leva", viciosos, miserables, ignorantes y degradados, verdaderos detritus sociales que mal podían discernir entre el honor y el deshonor, ni tener opiniones, ni distinguir entre la venalidad y la rectitud.

Y, sin embargo, el recluta mexicano, como veremos en el curso de esta historia, es con frecuencia ensalzado por propios y extraños, como modelo de resistencia, de frugalidad y de valor.

Pero antes, aunque sea con brevedad y tan sólo para exhibir la despreciable estatura moral de los más significados je-

fes militares reaccionarios, examinemos las acciones de algunos de sus prototipos; no sin empezar con la presentación que de ellos nos hace el general Porfirio Díaz, en las siguientes líneas:

"Antes de mi llegada frente a la ciudad de México, Portilla, que se titulaba Ministro de Guerra, ofreció entregarme la ciudad si se le daban garantías personales, y O'Horán me hizo la misma proposición, agregando que me entregaría a Márquez, con tal que le asegurase su vida y le diese un pasaporte para el extranjero. Los traidores son villanos aún entre ellos mismos".

LAS ONDULACIONES POLITICAS DEL AVIESO,  
NEFASTO Y AMBICIOSO LOPEZ DE SANTA ANNA

Dignos herederos de aquel Iturbide que dejó imborrable memoria de una crueldad que ni a las mujeres respetaba; de una codicia sin límites; de una infidencia inmensurable, y de una delirante fiebre de poder, fueron, en su mayoría, los más descollantes jefes reaccionarios que tomaron parte activa en la Guerra de Reforma, y se aliaron con la intervención y con el Imperio.

Uno de los más insignes entre ellos, el atroz Antonio López de Santa Anna, desde 1854 había encomendado a Gutiérrez de Estrada que atrajera la ayuda de Europa, a efecto de implantar en México el régimen monárquico. Y cuando la instalación del imperio con apoyo de las bayonetas francesas es un hecho, desde su destierro de la Isla de Santo Tomás, se declara partidario incondicional del trono.

En febrero de 1864, desembarca en Veracruz, después de haberle precedido, en junio del año anterior, su hijo; quien esperaba le preparara el terreno para dar cumplimiento al propósito de volver a representar uno de los papeles culminantes en la farsa política nacional. Pero si el vástago fué reembarcado por Forey, al invencundo vendedor de la mitad de nuestro territorio, Bazaine lo aprehende y lo expulsa a moción nada menos que de Juan N. Almonte.

En el mismo 1864, el cínico mutilado impetra la ayuda de la Unión Norteamericana, aunque estérilmente, para volver a adueñarse de los destinos de México.

Pero convencido por último de que no medrará bajo el cetro del austríaco, desde su obligado ostracismo insular antillano, en junio de 1865, con su acostumbrada veleidad, y conjeturando que sellada la suerte del imperio, volverá a caerle en las manos el fruto en sazón, circula un manifiesto en que, declarando defraudadas las esperanzas que de dicha para México bajo el régimen monárquico había incubado, termina con esta exclamación: "¡Abajo el imperio y viva la República!"

En cuanto le llega la noticia de que Escobedo ha capturado, el 15 de junio de 1866, un gran convoy procedente del puerto de Matamoros que marchaba hacia Monterrey, don Antonio se transporta a Wáshington; para entregarse en cuerpo y alma a conspirar, acariciando, como de costumbre, el sueño de revivir los pasados días de esplendor en que hacía llamarse "Alteza Serenísima". Compromete a algunos de sus corifeos, que son desterrados a Yucatán, y en tanto que Juárez rechaza los servicios que a la República ofrece, Maximiliano ordena que sus bienes sean intervenidos.

Sin embargo, ya para noviembre de aquel mismo año, había celebrado con el Habsburgo un convenio, de cuya existencia, que era puesta en duda, nos enteramos don José María Vigil, que la declara por cierta, en virtud de una certificación que M. M. Meza, representante del ex dictador, levantó en 1887, ante notario, en Wáshington.

Maximiliano, sintiéndose ya perdido, anulaba la confiscación de los bienes de Santa Anna, a quien nombraba general en jefe del ejército mexicano; aparte de comprometerse solemnemente, a la llegada de éste a México, a abdicar la corona y a proclamar la República bajo los auspicios de la Constitución de 1857.

Inmediatamente después de la abdicación, el príncipe asumiría "los oficios de Presidente de la República por un período legal que principiará a correr desde el mismo día de la abdicación".

Auténtico o no ese documento, lo cierto es que el desasosegado y funestísimo político jalapeño, al percibir el olor a carroña que despedía el régimen imperial, emprendió desde el extranjero el vuelo a playas veracruzanas, a donde llegó el 3 de junio de 1867, y propuso a la guarnición del puerto, que

todavía estaba en poder de los traidores, proclamara la República, pero fué desoído.

El juicio del austríaco, sobre ese desprestigiado ambicioso, no puede ser ni más exacto, ni más lacónico, ni más terrible: "un traidor, un charlatán, un polichinela político".

#### AUTORETRATO DE ALMONTE Y LA FALTA DE CONVICCIONES DE MIGUEL MIRAMON

Almonte tiene por fuerza que figurar tan prominentemente en toda historia de la intervención francesa y del imperio, que fuera ocioso dedicarle aquí mayor espacio que el que requiere la transcripción de un juicio suyo, sobre las características, al decir de él, del mexicano; pero en que no parece sino haberse empeñado en autoretratarse. "La falta de conciencia del mexicano, dice, era en realidad diabólica"... ¡Y tan diabólica, que don Juan Nepomuceno, cuando se convenció de que el imperio iba a desplomarse irremisiblemente, pretendió, aunque en vano, obtener la protección de los Estados Unidos de Norteamérica!

Muy pocas palabras bastaron a Almonte para burilar el bosquejo de su voltario temperamento.

A Miguel Miramón, el panegirizado "joven Macabeo" de beatas, clérigos y reaccionarios, Ollivier nos le pinta como a un joven aventurero, casquivano, insensible, sanguinario y rapaz: que, cuando llegó a Veracruz en compañía del padre Miranda, no era, a los ojos de los invasores, más que "un vulgar malhechor, un ladrón de sellos británicos."

A los veintiocho años había saboreado las delicias del poder, y sobresalido en la carrera de las armas.

Su volubilidad y su falta de convicciones, están irrecusablemente demostradas.

En carta de 5 de noviembre de 1862, dirigida a **El Diario de la Marina**, rechaza la imputación de que él hubiera pedido al gobierno imperial de Francia, su intervención armada para sostenerse en el gobierno que heredó de Zuloaga.

Invadido ya nuestro país por los expedicionarios de Napoleón III, Miramón y Cobos se habían colocado en una situación excepcional, puesto que sin adherirse al gobierno constitucional

y aun hostilizándolo, creían posible formar una tercera entidad para luchar contra la intervención. Como casi todos sus correligionarios, Miramón mostraba una increíble versatilidad de convicciones; durante su estancia en París, en marzo de 1861, acordado por el duque de Morny para que declarara por el proyecto de Napoleón III, para que Francia extendiese su imperio a Sonora y Baja California. "declinó toda participación en un proyecto que envolvía el desmenbramiento del territorio mexicano y declaró que no vendía a su país."

Además, en una epístola misiva que escribió a Almonte o a alguno de los otros conservadores residentes en México, expresó su sentir del momento, en estas frases categóricas: "La intervención no es más que un pretexto para invadir el país; se trata de una dominación extranjera y por consiguiente **yo ofreceré mi espada a los demócratas.**"

Ya por noviembre, desde Londres, anuncia ambigüamente que saldrá para México, "a ponerse al lado de los buenos patriotas de la sociedad."

El 26 de diciembre, hallándose en Nueva York, celebró una entrevista con el cónsul de México. Este último la reseña así: "...al llegar a mi casa, me encontré con la visita del señor Miramón; tuvimos una larga conversación de dos horas, y me repitió lo que ya sabía acerca de sus intenciones de ir a México, añadiendo que si no ofrecía sus servicios al señor Juárez, era porque se le hacía muy duro asociarse con hombres como Carvajal y Pueblita, (estas son sus palabras), y segundo porque no creía que le aceptasen, y que si al llegar a México veía que sus hombres apoyaban al gobierno, él también lo haría, pero que sino, trabajaría por lograr una fusión, de la que resultase una **tercera entidad**, que llevase a cabo la defensa de la República contra los invasores".

SOLO POR EL TEMOR DE QUE SUS ENEMIGOS  
LE FUSILARAN NO SE SUMO A LA REPUBLICA

Pasa a la Habana, donde, al preguntarle don Manuel Nicolás Corpancho, que venía en viaje a México como ministro del Perú, por qué no ofrecía sus servicios al gobierno de la República, replicó: "que porque temía que lo fusilaran si iba solo, pues tenía muchos enemigos mortales que se encuentran hoy en el poder; pero que en cuanto reuniera alguna fuerza

con la que se pudiera hacer respetar y que le sirviera de garantía, los ofrecería".

A don José G. de Arboleya, que por aquellos días vió al ex presidente conservador en el susodicho puerto habanero, parecióle que, como la amnistía decretada por Juárez no le comprendía, esperaba una coyuntura favorable. "Su conducta reservada en aquellos días y su alejamiento de los altos círculos, que en época anterior había frecuentado, hacían sospechar en él intenciones más hostiles que amigas, respecto al pensamiento de Europa..."

Peró una visita que hizo al general Prim, a la llegada de éste a la Perla de las Antillas, parece que decidió a Miramón a abandonar sus plausibles designios de combatir al invasor de la Patria.

Lo cierto es que obtuvo un pasaporte bajo nombre supuesto y que, embarcado con rumbo a Veracruz, a despecho de tantas precauciones como para viajar de incógnito adoptó, apenas acércase a aguas mexicanas, cuando se descubre su presencia en el Avon, de donde el 28 de enero, por orden de Wyke, es recogido en una canoa —los ingleses no perdonan, y Miramón había ordenado el saqueo de los seiscientos mil pesos que estaban en depósito en la Legación Británica, para pago de deudas inglesas—, y en una fragata devolviósele al punto de su inmediata procedencia.

RECHAZADOS SUS SERVICIOS POR JUAREZ  
FIRMA OPROBIOSA ADHESION A LOS FRANCESES

El 19 de junio de 1863, don Manuel Doblado escribía desde San Luis Potosí a Miramón, que el licenciado Joaquín Alcalde, que conferenciaría con él, haríale ofrecimientos en su nombre —de Doblado— y en el de Juárez, con que el que procuraría un acomodamiento; ofrecimientos que serían respetados. Miramón mandó entonces a su familia a la hacienda de Cerro Prieto, cerca de la capital potosina, hacia donde, poco después, él mismo emprendió la marcha; pero ya en la finca enteróse de que su mujer e hijos habían sido expulsados por orden del gobernador.

Esto no obstante, estaba decidido a permanecer allí, cuando llegó a su noticia que Escobedo le buscaba, y que llevaba

instrucciones de fusilarlo sin formación de juicio. Sin pérdida de momento, el hasta entonces indeciso general reaccionario, trasladóse a la ciudad de México, donde Forey le obligó a suscribir una adhesión oprobiosa, que decía de la "intervención noble y generosa con que la Francia ha querido auxiliar a mi desgraciada patria. . . (!)"

Mas no por esto vaya a suponerse que una vez convertido en una de las más sólidas pilas tras que sostenían el trono del Habsburgo, Miramón dejara de flaquear, ni de titubear, ni de hacer sondeos en el campo republicano.

Hallándose en París, en el disimulado destierro que tanto a él como a Márquez, impuso el receloso Maximiliano, llevó a cabo una nueva tentativa para sumarse a los defensores de la Independencia nacional; naturalmente dispuesto a defecionar de las filas imperialistas.

A este respecto, el activo agente diplomático del gobierno de Juárez en Europa, dice al Secretario de Relaciones Exteriores, en nota que vale oro para destacar esta característica de incertidumbre, distintiva de Miramón, lo que pasamos a trasladar aquí:

"—Reservada.—D. Miguel Miramón, que se halla actualmente en esta ciudad, solicitó hablar conmigo por conducto del Sr. don Luis Maneiro. Me presté a ello, y me ha manifestado su resolución de ir a servir a la causa constitucional. Al efecto desea que el Supremo Gobierno lo nombre Comandante Gral. de los Estados del centro, es decir, Jalisco, Guanajuato, Querétaro y México, ya sea con éste o con cualquiera otro nombre, como Gral. en Jefe del ejército de operaciones, del centro u otro semejante, pues dice que lo que le importa es un título para ponerse a la cabeza de las fuerzas conservadoras que se le pasen, utilizando al mismo tiempo las partidas volantes que existen en el distrito de su mando.

"Me dice que está en relaciones con muchos jefes conservadores, y espera que, con excepción de don Tomás Mejía, todos los demás se le unan.

"También me manifestó que, en otras circunstancias, no hablaría de recursos para sí; pero que en la actualidad carece de los necesarios para irse y dejar aquí asegurada por algún tiempo la subsistencia de su familia, y que en consecuencia

tendrá que hablar de eso cuando reciba contestación del gobierno.

"Por mi parte, me limité a manifestarle el gusto que me causaba ver que los mexicanos de todos los partidos comenzaron ya a unirse alrededor de la bandera nacional, ofreciéndole transmitir al Supremo Gobierno, como lo verifico, todo lo que me expuso, y a comunicarle la contestación luego que la reciba.

"Dígnese Ud. pues, elevar el contenido de esta nota a conocimiento del C. Presidente, comunicándome la resolución que tenga a bien dictar.

"Reitero a Ud. las protestas de mi consideración y aprecio.

"París, octubre 8 de 1865.—Jesús Terán.—Rúbrica".

Subsecuentes comunicaciones nos ponen al tanto de que como la República, por su pobreza, estaba muy lejos de hallarse en condiciones de comprar con oro las voluntades; el Presidente Juárez hizo lo notificar así a Miramón, no sin serle advertido, por el intermediario don Jesús Terán, que si podía efectuar su regreso al territorio de la República, "y con alguna de las fuerzas que cree poder disponer, comenzar a prestar sus servicios a la causa constitucional, tan luego como él —don Benito— tuviese noticia de ellos, dispondría que fuesen debidamente considerados".

Cabe preguntar si exclusivamente a esa falta de numerario, debería el joven Macabeo no haberse lanzado a la demolición del imperio por las armas francesas en México establecido, y el permanecerle leal hasta el cadalso.

Ignoramos si al archiduque llegaron indicios de la cavilada traición de don Miguel; pero la verdad patente es que su conducta no le inclinaba a formarse muy elevado concepto de sus prendas morales.

Que desconfiaba de él, como de Leonardo Márquez, nos lo demuestran las comisiones que, para alejárselos, les encargó desempeñar respectivamente en Prusia y en Constantinopla.

Y sobre la rapacidad del joven Macabeo, así ponderativamente apodado por los clericales el general Miramón, que si desenfadadamente saqueaba fondos extranjeros, tampoco desdenaba ni los retales de lona que se le ponían al alcance de

la mano; contamos con un testimonio del propio Habsburgo, y en consecuencia irrecusable.

Es una carta que con fecha 29 de mayo de 1866, escribió a su ministro Aguilar y Marocho —el autógrafo lo hemos tenido frente a nuestros ojos— y que, en la parte que cumple a nuestro propósito, expresa lo siguiente:

"La Emperatriz vuelve hoy de Cuernavaca para asistir a la fiesta del Corpus que no hacemos esta vez como el año pasado en Puebla, en las calles, careciendo de una vela que robó en su tiempo Miramón, no pudiendo así exponer a los viejos consejeros y empleados y a las señoras, a los rayos del sol tropical. La procesión tendrá pues lugar solamente con el gran séquito en los corredores del gran Patio de Palacio".

Hay que reconocer, sin embargo, que Miramón supo estoicamente redimir sus culpas, ante su emperador, en los últimos instantes de la monarquía.

#### DE TODA LA FAUNA MILITAR REACCIONARIA ES MARQUEZ UNO DE LOS TIPOS MAS ODIOSOS

No así, en cambio, Leonardo Márquez, de quien a continuación vamos a ocuparnos, pues no llegó a corresponder a la confianza en él por Maximiliano depositada en la agonía de la catástrofe; su único interés cifrábase en salvar a toda costa la pelleja.

"El Tigre de Tacubaya", es, sin lugar a duda, uno de los más aborrecibles y siniestros ejemplares de la aterradora fauna militar en nuestro país multiplicada. Su sed de sangre fué insaciable, sus truculentas tropelías fueron incontables. Su triste celebridad queda unida con aquel felino mote que conquistó a partir de los asesinatos perpetrados en la ciudad que desde entonces fué llamada de los Mártires; y donde apoyándose en la orden, ya de suyo feroz, recibida de Miramón, para que fusilara a los jefes y oficiales presos después de la victoria que alcanzó sobre las fuerzas de don Santos Degollado, arrancó la vida hasta a los pasantes de medicina que espontánea y abnegadamente acudieron a atender a los heridos que cayeron en la acción librada el 11 de abril de 1859.

La celebridad que su sanguinarismo había conquistado a Márquez, rebasaba las fronteras patrias.

Kératry, al deplorar la derrota infligida a los franceses por el general Zaragoza en Puebla, que en parte principal imputa a la ignorancia de Saligny, el tortuoso diplomático francés investido de poderes omnímodos; duelese de que el general Lorencez tomara por aliado a Leonardo Márquez, "conocido en México por su crueldad y culpable de haber, bajo la orden del presidente Miramón, rebelde a la autoridad de Juárez, hecho romper por sus soldados el sello oficial y los cofres de la legación inglesa, para sustraer siete millones de francos que allí estaban depositados; y que era, además, culpable del fusilamiento de los heridos nacionales y extranjeros encamados en los hospitales de Tacubaya".

"Su bandera, agrega, precedía a la nuestra, y fué saludado por el país como se lo merecía. ¡Márquez llamó la invasión! ¡Y así era como teníamos que presentarnos a los mexicanos llenos de odio hacia Márquez, soldado vigoroso, pero en quien el soldado tenía apetitos de verdugo! El último sitio de México, que este general defendió durante tres semanas, se significó por excesos que, según confesión del mismo infortunado Maximiliano, deshonoraban la causa imperial. Pero desde entonces sufrimos las consecuencias de nuestras faltas. El general Márquez debía naturalmente ser nuestro aliado; ya que desde 1861, tenía entre sus manos los hilos de la conspiración francomexicana".

Veamos ahora cómo, uno de los de su propio partido, el general Félix María Zuloaga, juzga al inhumano militar: "... todo concluyó bajo su dirección, y un ejército tras de otro fueron perdiéndose en las derrotas de Jalatlaco, Huisquilúcan, Pachuca, San Luis de la Paz, hasta llegar el caso de que nadie quisiese estar subordinado a un jefe tan desafortunado y de tan escasa inventiva para la guerra... el carácter de ese jefe es el más a propósito para convertir en enemigos a los amigos más entusiastas y decididos, y aun para esto no necesita de mucho tiempo, bástale para conseguirlo pasar de tránsito; su huella se conoce aún a larga distancia; allí, donde hay desolación y lágrimas; donde la barbarie se ha cebado en alguna víctima, por allí sin duda, ha pasado el general don Leonardo Márquez".

BIBLIOTECA ALFONSO X  
UNIVERSITARIA  
V. A. N. E.

UN NOMBRE QUE SE ESCRIBE CON SANGRE Y  
AL OIR EL CUAL ALEGRANSE LOS BUITRES

**L'Esprit Public**, periódico parisiense, oficioso, al ocuparse, por principios de la intervención, de los militares reaccionarios que presumíase estarían dispuestos a apoyarla; alude a Márquez con las siguientes palabras: "Leonardo Márquez... este nombre se escribe con sangre. Cuando se le pronuncia, las aves de rapiña se estremecen de gozo, y el eco de los sepulcros parece un toque de alarma; los espectros de los fusilados se levantan de sus tumbas, quemados por la pólvora y atravesados a boca de jarro. Hay entre ellos cadáveres de extranjeros que nada tienen que esperar de su patria, y sólo de Dios aguardan justicia y reparación. ¡Y Márquez es hoy el general en jefe de las fuerzas que defienden la religión!".

Sí, el "hijo predilecto de la iglesia", que entre sus patibularias proezas contaba la inicua ejecución de don Melchor Ocampo.

Era tan inmenso el pavor que el sólo pronunciar su nombre en todos suscitaba, que cuando los cónsules se trasladan de México a Puebla, a solicitar que Forey ocupe la primera de estas dos ciudades, encarecen al jefe de la expedición que por ningún motivo incluya a Márquez entre los militares comisionados para adueñarse de la plaza.

Cuando en diciembre de 1863 los republicanos atacaron Morelia, quizás resentido porque en la capital michoacana recibió la herida en la mejilla, en la que se le perpetuó una cicatriz horrenda y visible; Márquez fusiló a los oficiales que habían caído prisioneros y que afrontaban sus cuitas en las lobregueses inmundas de los cuarteles imperialistas. Las ejecuciones las llevó a cabo en los mesones de Las Animas y del Socorro, y ordenó que a los cadáveres se les diera sepultura en las caballerizas.

El licenciado Eduardo Ruiz, comenta: "¡Qué fatal destino el de Márquez de empañar siempre con sangre el brillo de sus victorias!".

Era tal la repugnancia que "El Tigre" provocaba en todos, que durante su visita a la capital michoacana, Maximiliano estuvo eludiendo el recibirle, "y este general se hubiera

quedado sin verlo en Morelia, a no ser porque se le ocurrió presentarle al paso, en una de las calles, a sus tropas, como para que le hicieran honores. Maximiliano apenas se detuvo algunos instantes y saludando fríamente al general, siguió adelante".

DURANTE EL SITIO DE MEXICO, MARQUEZ  
PERPETRO INDESCRIPIBLES EXACCIONES

Hé aquí cómo el general Díaz pinta el proceder de Márquez durante el sitio de la plaza de México: "Dentro de la ciudad no hay violencia ni extorsión que deje de cometerse por Márquez, a fin de hacerse de recursos y aumentar sus fuerzas. Los comerciantes extranjeros han cerrado sus establecimientos, y están ahora bajo la protección de sus respectivos Ministros, quienes han protestado contra los actos de Márquez; los periódicos de ayer por la tarde dicen que expedirá próximamente una orden severa contra ellos".

En febrero de 1867, el archiduque, en carta a Lares, se refiere en estos términos al implacable exactor y matancero de hombres:

"...después de haber arrancado todo por los medios más violentos a los ciudadanos laboriosos y pacíficos, ha ordenado una expedición mal calculada, cuyos sangrientos resultados no se deplorarán nunca lo bastante".

El imperialista Ramírez de Arellano, al parangonar a Márquez con Miguel López, a quien generalmente, como es sabido, se acrimina la entrega, por traición, de la plaza de Querétaro, mientras por otra parte algunos le declaran precisamente víctima de su inquebrantable lealtad al austríaco; ya que no hizo, agregan, sino obedecer al pie de la letra sus explícitas instrucciones, asienta esta información: "Si existía este acuerdo, como lo prueban los hechos, hizo bien el partido republicano en aceptarlo. El derecho de gentes autoriza no solamente para usar de la traición en la guerra, cuando aquella se ofrece, sino también para obtenerla por cuantos medios sea posible. Si no hubo acuerdo, no dejarán por esto de conservar su odioso aspecto los crímenes de Márquez".

Este, a semejanza de los más vulgares asesinos, que si cuando disputan por indefectible su impunidad despliegan el

más insolente sanguinarismo, en cambio se amedrentan y huyen al menor indicio de peligro; en cuanto se convenció de que le era imposible sostener por más tiempo la defensa de la capital de la República, resignó el mando en el general Tabera, y, como la mayoría de los jefes imperiales que estaban bajo sus órdenes, no se preocupó "más que por ocultarse, en espera del momento oportuno de escapar al extranjero para conservar la existencia".

Alberto Hans, no puede menos de dedicar estas reflexiones a la salvación de aquel monstruo del averno: "¡Extraño capricho del destino: El hombre de entre nosotros más mortalmente aborrecido por los republicanos, Márquez, cuyo nombre y cuyos fusilamientos hacían temblar de cólera y de espanto a nuestros adversarios: Márquez, el terrible jefe de estado mayor que daba en aquel momento —en Querétaro, durante el sitio— órdenes breves y repetidas, en las que todos ponían su confianza y de las que se aguardaba el triunfo; Márquez, el hombre más fácil de reconocer en todo México, a causa de la cicatriz de una herida en la mejilla, que el hábil cirujano Nelton no ha podido cerrar sino imperfectamente; Márquez, en fin, debía ser el único que escapara a la venganza de nuestros implacables enemigos, después de haber causado en parte la pérdida del Emperador y de los defensores de Querétaro..."

## Un Ejército con Jefes Sanguinarios y Felones

—Continúa y concluye—

Ramón Méndez, la ferocidad cavernaria — El asesinato de dos grandes patriotas le confiere ascenso y honores — Atroces represalias — Un ejército de detritus sociales — Juicio de un testigo de toda excepción — Imposturas y defecciones — La leva bajo el imperio — Desprecio olímpico de Maximiliano hacia los soldados clericales — Arrojo, frugalidad y resistencia de la tropa — Ignominiosa sumisión a los invasores.